

## TIEMPOS DE LOS SIGNOS

P. Juan Pablo Roldán, CSsR.

Pasaron ya más de cincuenta años del acontecimiento que transformó la vida y la misión de la Iglesia, el Concilio Vaticano II. Éste, le ha regalado una nueva comprensión de sí, le ha recordado su razón de ser y su necesaria actitud humilde ante el mundo. De este modo, la Iglesia ha dejado ese lastre que tanto le pesaba, la de ser depositaria de un saber que manipulaba y dirigía; de normas que juzgaban y condenaban; y de una praxis que distaba mucho del mensaje de salvación que nos vino a ofrecer Jesús. Pero, ¿se ha despojado la Iglesia –verdaderamente– de todo esto? Como institución, hoy corremos la misma suerte que todos. No nos libramos de los cambios ni de las crisis que el mundo en general está transitando. De hecho, el mismo Jesús ruega al Padre por nosotros: «No te pido que los saques del mundo [...] Ellos no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo» (Jn 17, 15-16). Por eso, es bueno que nos reconozcamos en camino; peregrinos, discípulos y aprendices del Maestro, en conversión constante y continua.

La vida consagrada ha pasado también por una gran depuración. Ya no estamos en esos tiempos grandilocuentes; aquellos donde ingresaban tantísimas vocaciones, se llenaban las clausuras y se presumía el futuro, tan solo porque lo demostraban los números o lo revelaban las obras. Ese modelo de vida consagrada hoy ha caducado y nos debemos un análisis serio acerca de nuestra realidad actual. El tema en cuestión no es ya cuanto somos o seremos, sino la calidad del testimonio que brindamos a los demás. ¿Por qué la disminución notoria de vocaciones? ¿A qué se debe? ¿Acaso el Señor ha dejado de llamar? Hoy, ¿entusiasmamos a alguien? Nuestras vidas, ¿dicen algo a las generaciones jóvenes? ¿Somos signos? ¿*O jeroglíficos?*

Un signo, para que sea tal, no necesita que se lo explique. Lleva consigo una elocuencia intrínseca. La vida consagrada ha ofrecido este servicio a muchas generaciones. Los documentos posconciliares lo han recordado: la vida consagrada pertenece a la santidad, a la misión, y a la vida misma de la Iglesia<sup>1</sup>. Para continuar brindando este don a la humanidad, necesitaremos recobrar el propio carácter simbólico.

Nuestros mayores decían que «toda ocasión es buena para aprender»; que cualquier situación es favorable cuando hay alguien que tiene interés, apertura y docilidad. La pandemia del Coronavirus, ha puesto en evidencia aquello que dábamos por supuesto y que veníamos

---

<sup>11</sup> Cf. JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Vita consecrata* (Roma, 25 de marzo de 1996), 3.

viviendo; pero también nos ha advertido acerca de las grandezas ocultas e insospechadas que teníamos.

En una conversación que intercambiamos hace tiempo, en un grupo de reflexión, una religiosa dijo: antes se buscaba desentrañar los signos de los tiempos, hoy se intenta descubrir el tiempo de los signos. ¿No es esto acaso lo que dará credibilidad, consistencia y garantía a la vida consagrada? Por lo tanto, ¿cuáles son los signos que estamos llamados a reconocer, a validar, a valorizar en estos tiempos, y que hablan por sí mismos?

**La búsqueda en común.** Es decir, la capacidad de buscar junto con otros; de reconocer que solos llegamos rápido, pero acompañados, lo hacemos más lejos. Es bueno que, en medio de tanta incertidumbre, ensayemos juntos diferentes tipos de respuestas. Hoy, nuestra voz es una entre tantas, pero la autoridad y credibilidad nos la otorgan la experiencia de un andar compartido. Por otro lado, es cierto que cuando somos más de dos recobramos coraje, sacamos pecho y asumimos la vida con elegante valentía. Todo esto, en términos del papa Francisco, lo llamamos «*sinodalidad*»<sup>2</sup>. Camino y búsqueda con otros, desterrando posibles autosuficiencias, autorreferencialidades, viviendo auténticos descentramientos; procurando de este modo, que la verdad y el bien común sean los verdaderos protagonistas de nuestras búsquedas.

**El servicio.** La pandemia nos está sensibilizando, acercando a los que realmente la están pasando mal: con desempleo, falta de comida, depresión, tristeza, soledad. Los consagrados tenemos la oportunidad de apartar la mirada ensimismada hacia nosotros y volverla a ubicar en el Señor, en los más pobres y desprotegidos. No es evangélico persistir en quién tiene la manija, dicta las órdenes y dice lo que hay que hacer. Lo que nos edifica y fortifica es siempre la actitud de Jesús: «Entre ustedes no debe suceder así. Al contrario, el que quiera ser grande, que se haga servidor de ustedes; y el que quiera ser el primero, que se haga servidor de todos» (Mc 10, 43-44). «Si yo, que soy el Señor y el Maestro, les he lavado los pies, ustedes también deben lavarse los pies unos a otros» (Jn 13, 14).

**Los gestos.** Lo que ha impactado al mundo en estos años del pontificado del papa Francisco fueron sus gestos. Lo que la gente y nuestros hermanos y hermanas de comunidad recordarán de nosotros será esto mismo. Por eso, de nosotros se espera que pasemos del dicho al hecho, de las palabras a las obras. Nuestras comunidades son un campo propicio para hacerlo, recuperando los buenos modales como: dar las gracias, pedir permiso y decir perdón; recordándoles a los demás cuánto los apreciamos y necesitamos.

---

<sup>2</sup>Cf. Papa Francisco, *La sinodalidad en la vida y en la misión de la Iglesia*. Documento de la Comisión Teológica Internacional (CTI), (Marzo 2018).

**La espiritualidad encarnada.** Cuando pensamos entre nosotros acerca de la espiritualidad encarnada nos vienen al corazón dos imágenes: la vida oculta y pública de Jesús. La primera imagen, hace referencia a Nazareth, a quedarse en casa. En este tiempo, sabemos de sobre lo que significa esta expresión y el sentido que ella encierra. La segunda, nos habla de encarnación, *parresía* y compromiso; de una intimidad itinerante que Jesús ha sabido cultivar con el Padre, sus discípulos y los más pobres. Nos habla también de que lo sagrado no se encuentra circunscripto a un lugar ni a una forma, sino a una actitud. Es lo que presenciamos y vemos en estos días: los templos están vacíos, pero la Iglesia no. A los hogares los llamamos «Iglesias domésticas», haciendo alusión a lo que resalta el evangelio: «Pero la hora se acerca, y ya ha llegado, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque esos son los adoradores que quiere el Padre. Dios es espíritu, y los que lo adoran deben hacerlo en espíritu y en verdad» (Jn 4, 23-24).

La primera comunidad ha recibido también la unción del Espíritu Santo, en una casa, tal como lo enuncia el libro de los Hechos de los Apóstoles:

«Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en el mismo lugar. De pronto, vino del cielo un ruido, semejante a una fuerte ráfaga de viento, que resonó en toda la casa donde se encontraban. Entonces vieron aparecer unas lenguas como de fuego, que descendieron por separado sobre cada uno de ellos. Todos quedaron llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en distintas lenguas, según el Espíritu les permitía expresarse» (Hch 2,1-4).

Como decía Ignacio IV Hazin, patriarca de la iglesia greco-ortodoxa de Siria:

«Sin el Espíritu Santo Dios está lejos, Cristo permanece en el pasado, el Evangelio es letra muerta, la Iglesia una simple organización, la autoridad sería dominación, la misión una propaganda, el culto una evocación y el actuar cristiano una moral de esclavos. Pero con la presencia del Espíritu, el cosmos se eleva y gime en el parto del Reino, Cristo resucitado está presente, el Evangelio es potencia de vida, la Iglesia significa la comunión trinitaria. la autoridad es un servicio de liberación, la misión es un Pentecostés, la liturgia una memoria y anticipación, el actuar humano se deifica».

Que la celebración de Pentecostés realice en nosotros el milagro de la comunicación, con gestos que hablen por sí mismos, ayudándonos a estrechar vínculos fraternos, comprometidos y comprometedores.